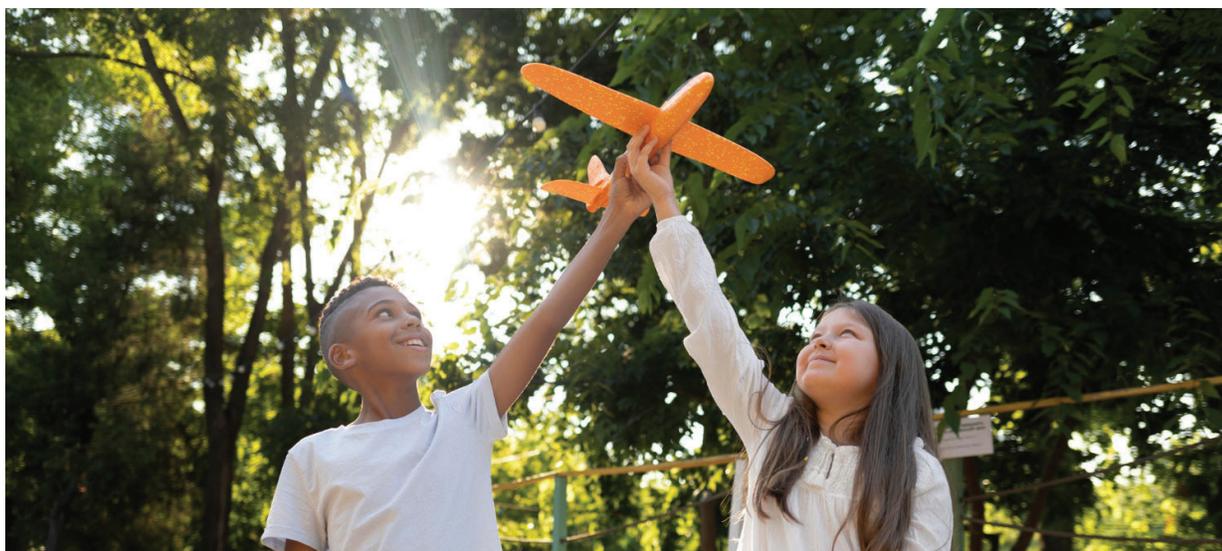


La educación ciudadana por una cultura de paz

mi voz

Por Fausto Segovia Baus
(faustosegovia@cablemodem.com.ec)



Los orígenes de la violencia son complejos. Diversos estudios concluyen que las causas más próximas son la pobreza –derivada de las desigualdades y discriminaciones de diverso tipo–; la falta de políticas públicas en los ámbitos de salud, educación y empleo; y, la crisis profunda en las familias y el sistema educativo. En las siguientes líneas varios enfoques y propuestas didácticas.

A lo anterior se suman otros problemas subyacentes como la violencia simbólica, acuñada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu¹, que no es sinónimo de la violencia real que causa muertos, heridos y daños materiales.

Hegemonía cultural

Las prácticas de violencia simbólica son invisibles, porque corresponden a estrategias cons-

truidas socialmente, que se reproducen en los roles sociales, de género, estatus, estructuras mentales, ideológicas y de poder inconscientes, y son subterráneas e implícitas porque esconden la matriz comportamental de la sociedad. Michel Foucault² decía que “el poder está en todas partes”. Y solo debemos “hacer visible lo invisible”.

Bourdieu y Gramsci³ fueron los pioneros en reconocer la denominada hegemonía cultural; es decir, “la imposición de un modelo cultural y la reproducción del dominio masculino sobre

La violencia se puede revertir con proyectos de educación ciudadana, en pro de una cultura de paz construida por la comunidad educativa. Un banco de “buenas prácticas”.

las mujeres mediante la naturalización de las diferencias entre géneros”, que alude a dos instituciones básicas: la familia y la escuela. Y no solo contra las mujeres, sino contra los que piensan, sienten y actúan de manera diferente. De ahí que la violencia simbólica sea considerada como la madre de la violencia política, económica y criminal.

El verdadero cambio

Si su raíz es cultural y radica en la violencia simbólica retratada por Bourdieu, que no se resuelve con tanquetas, armamentos y equipos tecnológicos, es decir, con la violencia institucional, el verdadero cambio estaría en trabajar en los valores humanos que transmiten las familias y en un nuevo tipo de educación preventiva –no domesticadora– que forme y no deforme las conciencias.

Difícil abarcar estos dos temas en un ensayo, pero sí una aproximación. Una advertencia previa: la familia y la escuela no se pueden reformar con decretos, leyes, con talleres o una varita mágica, porque son procesos culturales de largo plazo. Mas algo se puede trabajar en universos pequeños, con creatividad y una visión científica, proactiva y no solo reactiva.

Familia y escuela

La crisis de la familia es profunda y polisémica. La familia es la caja de resonancia del cuerpo social y, a su vez, el retrato de una sociedad permisiva, secularizada e impregnada por la violencia simbólica, que está amplificada por las cuatro pantallas: la televisión, los videojuegos, el ordenador y el celular. Hay estudios sobre los impactos en las sensibilidades de niños y jóvenes.

La cara oculta de la familia esconde los altos índices de violencia intrafamiliar, que han desbordado los sistemas legales, judiciales y éticos. Y otros signos preocupantes: la maternidad prematura, la aparición de nuevos tipos de familia, la migración y la secuela de enfermedades psicosociales que desbordan la estructura familiar.

La escuela yace “adormecida”. Es un espacio de aprendizajes formales, asociados al currículo, casi siempre espeso y rígido, que repite modelos de pensamiento memorísticos, con excesivas asignaturas, que no inciden en las causas de la violencia escolar.

Sus acciones reactivas son conocidas: clases, cursos, asambleas, seminarios, denuncias, protocolos y papeles, mientras la violencia en las aulas prevalece bajo



La escuela yace “adormecida”. Es un espacio de aprendizajes formales, asociados al currículo, casi siempre espeso y rígido, que repite modelos de pensamiento memorísticos.

diversas modalidades, fortalecida por el silencio y el temor a las represalias: desde el *bullying* hasta acosos virtuales y sexuales. ¿Cómo romper este círculo vicioso de la violencia que, al parecer, ha sido “normalizada”?

La educación ciudadana

Una cultura de paz debe estar asociada a la realidad de cada comunidad educativa, e interconectada con otras organizaciones de la sociedad civil que permitan construir –sobre la base del diálogo– una propuesta perfectible de educación ciudadana, desde la gente y sus problemas, antes que impuesta de manera vertical y obligatoria.

La alternativa es la construcción de un proyecto educativo institucional, elaborado por sus actores, que parta de una línea-base (los problemas de violencia familia-escuela-comunidad), y diseñe estrategias específicas de educación ciudadana, como eje transversal,

que se fundamente en cuatro ejes, según las recomendaciones de Jacques Delors^{iv}: aprender a conocer, a hacer, a ser y a vivir juntos. Y emprender juntos acciones de interacción para el enriquecimiento recíproco y el respeto a los demás.

En ese contexto, la educación ciudadana sería un camino, entre otros, para el logro progresivo de una cultura de paz integrada a la no violencia activa, con objetivos claros: desarrollar la capacidad crítica, aprender a negociar conflictos reales, compartir el daño ambiental y oponerse de manera radical a los atentados contra la vida y la dignidad humana.

La estructura educativa oficial pretende resolver estos problemas mediante asignaturas de Cívica y Ética, pero el tema de la violencia es más que materias sobre valores. Se necesitan políticas públicas integradas a procesos educativos y culturales, que conciernan a toda la sociedad, y de manera especial a las familias, los docentes, los padres de familia y los medios de comunicación. Los compromisos para la acción son necesarios, donde se privilegie la cultura de la participación y del diálogo.

La paz debe internalizarse en cada niño, joven y adulto para que se irradie en una sociedad anclada a los valores humanos.

Intolerancia y derechos humanos

La Unesco^v identifica en un documento oficial los síntomas de la intolerancia: denigrar en lenguaje despectivo; utilizar estereotipos y burlas con prejuicios y acusaciones sin fundamento; hostigamiento, discriminaciones, degradación, intimidación, exclusión, segregación, represión y destrucción de adversarios.

También resalta algunos signos alentadores, que pueden ayudar a mejorar la convivencia humana: el lenguaje asertivo, el acatamiento de las leyes, el acceso a los beneficios sociales, la igualdad de oportunidades, el respeto a la dignidad humana, a las minorías (indígenas y afrodescendientes) y mayorías; el reconocimiento de los derechos adquiridos y la historia social, así como de las manifestaciones culturales y religiosas.

Trabajar la intolerancia y los derechos humanos puede ser una estrategia para una educación ciudadana eficiente, que implique, en la práctica, desarrollar proyectos contra toda forma de discriminación, en razón del sexismo, el racismo, el etnocentrismo, el nacionalismo, el fascismo, la xenofobia y la explotación de diversa índole.

Un banco de “buenas prácticas”

Una experiencia valiosa es la creación de un “banco de buenas

prácticas” de educación para la paz y la no violencia activa –también sugerido por la Unesco–, que consiste en recoger ejemplos para la resolución de conflictos en el ámbito escolar, con una perspectiva constructivista.

No se trata solo de manejar las agresiones, sino canalizar las energías subyacentes –sin juicios de valor–, con criterios profesionales y soluciones nuevas a viejos problemas, sobre la base del respeto, la comunicación directa y bien informada.

La idea central es prevenir y transformar la violencia en oportunidades de aprendizaje colaborativo en la vida cotidiana, mediante modelos de mediación de conflictos.

Centro de recursos

Aprender a vivir juntos es posible mediante instrumentos que permitan mejorar las relaciones en las aulas, para que se ejerciten el aprendizaje en común y la aplicación de ideas positivas. ¡Un centro de recursos es una herramienta efectiva!

La idea central es prevenir y transformar la violencia en oportunidades de aprendizaje colaborativo en la vida cotidiana, mediante modelos de mediación de conflictos.

Existen materiales valiosos que podrían servir con el propósito de promover una educación ciudadana para construir una cultura de paz: folletos, carteles, dibujos, juegos, imágenes, bitácoras, cuentos, debates, guías, historias, periódicos murales, cartas a los diarios, manifiestos, actividades extraescolares, como visita a las ciudades patrimonio; proyectos de innovación educativa, entrevistas a personajes de la vecindad, planes de seguridad humana, clubes de paz, círculos de amigos, pactos de paz en las escuelas, convivencias, campañas en las redes sociales y blogs; bancos de recursos didácticos elaborados por los estudiantes para la educación ciudadana, celebraciones por el día de los derechos humanos, el día mundial de la paz, el día contra el racismo y la xenofobia; programas de radio escolar, concurso de selfis sobre la paz, videos domésticos y video-foros, disco-debates, entre otros.

La educación ciudadana no se agota con un proyecto o campaña. La paz debe internalizarse en cada niño, joven y adulto para que se irradie en una sociedad anclada a los valores humanos, y de manera especial a la defensa de la vida, la democracia, la tolerancia, el ambiente, la familia y la educación crítica.

ⁱ La violencia simbólica es la base de todos los tipos de violencia. A través de las costumbres, tradiciones y prácticas cotidianas se refuerzan y reproducen las relaciones basadas en el dominio y la sumisión.

ⁱⁱ Para Michel Foucault el poder y la verdad están intrínsecamente entrelazados. El ejercicio del poder implica no solo controlar y regular las acciones de los individuos, sino también definir qué es la verdad y quién tiene autoridad para producirla.

ⁱⁱⁱ La hegemonía cultural es el legado gramsciano. Es el tipo de poder político que construye una relación en la que un actor político es capaz de generar en torno a sí un consenso, en el que incluye también a otros grupos y actores subordinados.

^{iv} Según Jacques Delors (2001) la educación a lo largo de la vida se basa en los siguientes pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a convivir y aprender a ser, y forman el sustento de todo aprendizaje

^v «La tolerancia es respeto, aceptación y aprecio de la extraordinaria diversidad que caracteriza a las culturas de nuestro mundo, nuevas formas de expresión y maneras de ser humanos». Punto de vista de la Unesco.